

Aquí bajo tu sombra bienhechora  
 Vivir quiero, María;  
 Aquí veré correr hora tras hora  
 En dulce soledad la vida mía:  
 De los mimados hijos que aquí tienes  
 Seré fiel compañero  
 Para entrar a la parte de sus bienes.  
*¡Qué bueno es Chapinero!*

Junio de 1896.

NICOLÁS CACERES, S. J.

(De *Horizontes*, de Bucaramanga)

## UNA OBRA INEDITA

de don Manuel del Socorro Rodríguez

Para quien estudia la historia de nuestras letras, a los ojos del colombiano enamorado de las glorias patrias, y más si es amigo de antiguallas santafereñas, en la constelación de soles que esplendió al ocaso del siglo XVIII y a la aurora del XIX en el cielo tropical de Nueva Granada—venidos unos de Europa, como Humbolt, Mutis, Ezpeleta; nacidos otros acá, como Nariño, Torres, Caldas, Lozano—brilla con suave lumbre, como estrella de segunda magnitud, el fundador del periodismo en nuestra tierra, el laborioso bibliotecario don MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ.

Nació en la isla de Cuba, en la villa de Bayamo, y abrazó el oficio de carpintero, con el cual se sostenía modestamente y amparaba a su familia, que constaba de dos hermanas solteras. En las horas libres estudiaba humanidades, y cuando se creyó suficientemente instruido, solicitó que lo examinaran los catedráticos de la facultad, quienes lo calificaron de competente.

Don José de Ezpeleta, que tenía entre sus excelsas dotes de gobernante, la de conocer a los hombres y saber emplearlos en bien de la república, al ser promovido de la Capitanía general de Cuba al Virreinato de Santafé, se trajo a don MANUEL DEL SOCORRO y le con-

fió la biblioteca pública, con doscientos ochenta pesos anuales de sueldo, y el derecho de habitar un cuarto dentro del edificio.

La fundación de la biblioteca se había hecho años antes, por un procedimiento simplicísimo. Se reunieron los libros expropiados en todos los colegios del país a los jesuitas, se pusieron en un local incautado a los mismos padres, y sobre la puerta de entrada este letrado: REAL BIBLIOTECA.

A ella le consagró su inteligencia, su tiempo, su vida, el laborioso humanista cubano. Cuidaba los libros con esmero maternal, los clasificó sabiamente, formó catálogos, y sin disponer de fondos pecuniarios, la enriqueció con obras entonces modernas, con cuanto impreso salía de las prensas del Nuevo Reino y con preciosos manuscritos hallados, a fuerza de curiosidad y diligencia. En esa tarea perseveró sin desmayar hasta su muerte, acaecida en Santafé, en 1818.

Pero el título que hace a don MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ, acreedor a la gratitud colombiana, es el de fundador de la prensa periódica en nuestra patria. Bajo el gobierno de Caballero y Góngora se había hecho un ensayo. En 1775 apareció la *Gaceta de Santafé*; pero ese primer número, si tuvo segundo, no logró el tercero. Entonces el bibliotecario real fundó el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, cuyo primer número apareció el 9 de febrero de 1791. Se publicó semanalmente y alcanzó al número 270, en febrero de 1797.

El periodismo, como todo progreso, puede emplearse en pro de la verdad, el bien, la cultura; o ponerse al servicio del error, la corrupción, la barbarie. Imposible saber si el diario habrá producido mayores bienes que males en el mundo. Aun en lo intelectual cabe lugar a la duda. Si la hoja periódica divulga los conocimientos, poniéndolos al alcance de todas las inteligencias, de las profesiones todas, de las fortunas más modestas, en cambio mata en muchas personas el gusto del estudio y la lectura seria, y es al libro lo que las estampas ilu-

minadas a la pintura. Vivieran en nuestra época Caballero y Vásquez, y no habrían producido la décima parte de sus lienzos inmortales, y estarían empleados en algún prosaico menester para ganarse el pan cotidiano.

Con todo, bendecimos el periodismo, como todo adelantado legítimo, porque el error y el mal a que suele servir son, por naturaleza, pasajeros, y la verdad y el bien que en el diario se propagan, no perecen jamás.

Volviendo a nuestro héroe, era don MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ, si no un ingenio superior, sí hombre de claro entendimiento; no fue sabio pero fue erudito, y tuvo constancia y aplicación extraordinarias para la labor y el estudio. Poseía alma de niño, corazón de paloma, costumbres austerísimas, fe católica maciza e ilustrada, honda piedad cristiana. Y todas aquellas dotes se realizaban con profundísima humildad, perdón—quizá mejor, desconocimiento—de las injurias, y caridad inagotable con sus prójimos.

Como escritor, es uno de los más fecundos, si no el más, entre todos los que han figurado en nuestra tierra. Sus escritos en prosa son innumerables. Vergara y Vergara, de quien hemos tomado los datos biográficos anteriores, dice: "Conocemos unas seiscientas poesías tuyas, impresas y manuscritas: en ninguna de ellas se ve un galicismo, ni en su estilo un gongorismo; pero son tan maravillosamente frías y prosaicas, que su fecundidad, ya que no es hija de la inspiración, hay que atribuírla a su fecundidad sin ejemplo, a su paciencia sin rival y a su estudio, que no tuvo más límite que el de su muerte" (1).

No sería justo atribuírle a don MANUEL DEL SOCORRO toda la prosa de sus versos. La literatura granadina, en el período colonial, fue siempre eco de la peninsular. La única excepción es la madre Castillo, que no conoció los autores contemporáneos suyos, y se crió a los pechos de los clásicos del siglo XVI. Nuestro biblio-

(1) *Historia de la literatura en Nueva Granada*, capítulo IX.

tecario no era un genio. En España imperaba el falso clasicismo de los Moratines e Iriartes. ¿Qué calor, qué brillo podrá esperarse de quien tenía por modelo a un versificador, que comenzaba un poema así:

Las maravillas de aquel arte canto?

El doctor Liborio Zerda, nuestro consiliario y catedrático, adquirió un opúsculo manuscrito, y antes desconocido, de don MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ, que ha regalado a la biblioteca del Colegio, y que principiamos a reproducir hoy en estas páginas. Es un librito en 16.º, de papel florete español, que consta de 33 hojas, no paginadas. Está encuadernado en cartón, adornado con recortes de papel, negro y rosado. Todo está escrito de puño y letra, con la espléndida pastrana, del autor.

Si el "ilustre candidato de la fe y comunión católica," aguardaba nuevos argumentos para terminar su conversión, quizá no los halló en este escrito; pero si esperaba ver a qué extremo de bondad conduce a las almas la religión católica, aquí tenía más de lo bastante. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de lo que publicamos, tiene el grandísimo de su autor, y el dato para los historiadores futuros sobre las ideas, el estilo, el modo, de principios del siglo XIX.

Una reflexión para concluir este ya dilatado proemio. Toda nuestra cultura está unida con lazo estrecho a la Iglesia católica. Dominicos y franciscanos principiaron a civilizar a los indígenas; los arzobispos Lobo Guerrero y Torres fundaron los colegios que fueron cuna de la república; los jesuitas Lugo y Dadey fueron nuestros primeros lingüistas; fray Pedro Simón y el obispo Piedrahita, nuestros prístinos historiadores; los padres de la Compañía de Jesús, los introductores de la imprenta; los canónigos Pey, Caycedo, Sotomayor, etc., los propagadores en el pueblo de la idea republicana. Y un cristiano de los quilates de don MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ, el fundador de nuestro periodismo.

Hoy, a principios del siglo XX, los misioneros están catequizando las tribus salvajes y defendiendo la integridad del territorio; San Bartolomé y el Rosario, más prósperos que nunca, dirigidos por sacerdotes; Rufino José Cuervo es el príncipe de los filólogos americanos; Groot, Posada, Vergara, nuestros mayores historiógrafos; los salesianos, nuestros mejores tipógrafos; los clérigos, los amantes por excelencia de las glorias nacionales. No queremos más progreso que ese atraso, no más luz que esas tinieblas.

El manuscrito de don MANUEL DEL SOCORRO RODRÍGUEZ, dice así:

ALABADOS SEAN LOS SACRATÍSIMOS NOMBRES DE  
JESÚS, MARÍA, JOSEF,  
JOAQUÍN, Y ANA,  
LOS CUALES  
VIVAN SIEMPRE GRABADOS  
EN EL CORAZÓN DE MR.  
PEDRO MANL. NICOLÁS  
DE LA ENCARNAC.<sup>N</sup>

\* \* \*

CONVERSACION.<sup>S</sup> INSTRUCTIV.<sup>S</sup>  
SOBRE LA DIVINA PROVID.<sup>A</sup>  
Y RELIGIÓN EVANGÉLICA,  
DEDICADAS  
A MR. PITER KENT  
JOVEN ANGLOAMERICANO,  
ILUSTRE CANDIDATO  
DE LA FE Y COM.<sup>ON</sup>

CATÓLICA

EN LA C.<sup>D</sup> DE STAFÉ DE BOG.<sup>A</sup>

AÑO DE 1813

*Da mihi intellectum et scrutabor legem tuam :  
et custodiam illam in toto corde meo.—Ps. 118, v 34.*

Ilustrad, oh gran Dios, mi entendimiento  
Para que pueda vuestra Ley sagrada  
Meditar, y hacer de ella el elemento  
De mi vida tranquila y arreglada :  
Con vuestra gracia espero muy contento  
Guardarla hasta la muerte bien grabada  
En mi alma y corazón, y noche y día  
Que ella sea mi embeleso, norte y guía.

\* \* \*

DEDICATORIA

AL AMABLE JOVEN MR. PITER  
KENT.

Vos, mi estimadísimo amigo, sois hombre como yo, y también americano, lo mismo que yo, dos motivos de alta consideración por los cuales os amo cordialmente. Pero sabed, que además de estas dos razones, y de la de ser vuestra persona tan apreciable por sus bellas prendas, os amo mucho más porque vos amáis la santa Religión que yo profeso, que es la única digna de ser amada, porque todos sus dogmas, sacramentos y misterios son amabilísimos en grado inexplicable.

Vos habéis dejado a vuestros padres, a vuestra patria, a vuestros amigos, y a todas vuestras conveniencias por venir a buscar en la religión católica el riquísimo tesoro que hace tres siglos abandonaron miserablemente vuestros mayores. Ved aquí la noble acción y el glorioso heroísmo que yo sobremanera aprecio en vos, oh ilustre peregrino!, y ved también la causa que me mueve a dedicaros las amistosas y sencillas conversaciones que van escritas en este opúsculo.

Dignaos de recibirlas con grata benevolencia, oh joven digno de la inmortalidad, y estimad en ellas solamente la buena intención con que os las dirijo, deseoso de contribuir de algún modo, con los débiles esfuerzos de mi posibilidad, al logro del feliz objeto que os ha

traído a Santafé. Tal es la oblación, y la fina voluntad del bibliotecario público, vuestro afectuoso estimador y fiel amigo, que os desea todas las bendiciones de la divina gracia, y vuestra M. B.

MAN.<sup>1</sup> DEL SOCORRO RODRÍGUEZ

### INVOCACION

Divina verdad, tan eterna como el supremo Numen por quien existen los cielos y la tierra; virtud santísima que das valor a todas las demás que forman el soberano coro de donde emanan las puras delicias; desciéndeme sobre mí, inflamada del dulce amor que te caracteriza; bája con rápido y gracioso vuelo desde el augusto seno de la inmortalidad donde tranquila reposas; vén a derramar en mis débiles potencias tus suaves atractivos, y a enseñarme a discurrir con majestuosa sencillez sobre los objetos sublimes de la Divina Providencia y de la santa Religión, que forman todo tu honor y dignidad.

Así invocaba yo a la Verdad infalible paseándome una mañana por las deliciosas riberas del caudaloso Funza (1), cuyas apacibles aguas veía correr con apacible murmurio, serpenteando por entre las rocas, árboles y flores que forman el variado mapa y vistoso paisaje del territorio de su curso. Así llamaba en mi favor a la hermosa hija de Jehová, tan odiada de los hombres y tan perseguida de los tenebrosos genios como amada de los espíritus celestiales. Así pedía con ansiosa impaciencia su divino influjo al són de los armoniosos gorjeos de las inocentesavecillas, que saliendo de sus nidos iban saltando de rama en rama, como aplaudiendo gozosas el nacimiento del nuevo día.

¡Feliz invocación! ¡Fuiste oída prontamente del benemérito Numen que jamás desprecia los fervorosos

(1) Este era el propio nombre del río que ahora decimos Bogotá.

ruegos ni los tristes clamores del pobre viador que vive desterrado en el valle de lágrimas y miserias!

En efecto: yo sentí que mi espíritu fue ocupado de una deliciosa sorpresa, que elevándolo al grado más sublime de la penetración, parecía contener dentro de sí mismo un mundo formado de entes prodigiosas (sic). El sintió un agradable espanto, y recibió como un nuevo giro en todas sus facultades; quedé extático y fuera de mí; pero entonces una voz dulce y majestuosa, que salió de una brillante nube, dándome vigorosa energía, me habló de esta manera:

Hijo de Adán, miserable viador que viajas sobre este globo entre la ignorancia y la malicia; yo he oído tus ecos, conozco tus deseos, y vengo a favorecer tus designios. Sois la misma Verdad que has invocado y que conoces imperfectamente, aunque ahora oyes mi voz, no puedes ver mi rostro sino después. Mas yo he bajado sobre ti para instruirte con dulzura y enseñarte con amabilidad las grandes cosas que anhelas saber. Yo estaré contigo invisiblemente y te inspiraré los asuntos más útiles sobre que debes discurrir para complacencia tuya y del apreciable amigo a quien deseas dedicar tus reflexiones.

Así me habló la Ninfa celestial desde una blanca y resplandeciente nube, que prontamente desapareció de mi vista. Yo, en medio del pavoroso asombro que ocupaba mi espíritu, sentí repentinamente ilustradas todas mis potencias y sentidos; y desde aquel feliz instante me hallé animado y expedito para discurrir con facilidad sobre los deliciosos asuntos que aquí van escritos para tu deleite e instrucción, oh mi amado Píter!, a quien dirijo obsequiosamente este breve tratado, dividido en lacónicos y sencillos discursos.



## DISCURSO I

## La creación del universo

Todas las obras del Sumo Bién han sido hechas en número, peso y medida con el único objeto de felicitar al hombre en quien cifró sus delicias desde la eternidad; y cuanto hay que saber se reduce a sólo esta materia importantísima. Ved, pues, mi carísimo amigo, con la claridad y sencillez con que yo entro a discurrir sobre ella, porque sé que en ninguna otra cosa se apacientará más dulcemente vuestro elevado espíritu.

Dios, que no reconoce principio ni fin, porque ha existido por sí mismo desde la eternidad, quiso criar el tiempo para ostentación de su amor, de su bondad y de todos sus divinos atributos. Con sólo su querer, hizo salir de la nada los cielos y la tierra, con todas las innumerables criaturas que habitan ambas regiones. Aunque por su infinita omnipotencia pudo criar todo el universo en menos de un instante, se complació, según los altos decretos de su sabiduría inescrutable, en criar la luz y los ángeles en el primer día; en el segundo, el firmamento; en el tercero, separó las aguas de la tierra, mandándolas producir árboles, yerbas, flores y todo género de frutos; crió en el día cuarto al sol, a la luna y estrellas; en el quinto, los peces y las aves; en el sexto, los animales cuadrúpedos y rateros; y al hombre, en fin, formándolo a su imagen y semejanza, lo hizo un hermoso compendio de todas las maravillas del mundo.

Habiendo el Sér Supremo, que existe por sí mismo, y que dio existencia a todas las cosas, cesado de criar nuevos seres, se recreó en sus obras al séptimo día, que se llamó sábado (lo mismo que descanso) en el idioma hebreo, lenguaje natural y primitivo del hombre. Todo el género humano tuvo principio de Adán y Eva, nuestros padres comunes; y habiendo éstos, por su pecado de inobediencia, perdido la gracia original de que esta-

ban revestidos con singular belleza, fueron desterrados del paraíso de delicias, situado en Edén, donde los crió el Señor; y entonces se esparció por toda la tierra su numerosa posteridad.

Este brevísimo compendio presenta a todo hombre racional cien mil motivos de admiración y de alabanza. ¿Quién será tan insensato, que poseído del mayor asombro y del más tierno reconocimiento, no repita afectuosas acciones de gracias al Gran Sér que, por un efecto de su infinito amor, sacó a la luz de la oscuridad del caos a esta multitud de seres que forman la maravillosa armonía del universo? Si el entendimiento humano quiere hacer un viaje intelectual por las cuatro partes del mundo, encontrará en cada una objetos dignos de su estudio, de su recreo y desengaño. Las señales de un diluvio universal con que castigó Dios la malicia de los hombres en el año 1656 de la creación del mundo, se le presentarán por todas partes, dando un general testimonio de la omnipotencia del Criador y de la ingratitud de sus criaturas. Admirará también la notable variedad con que éstas se han propagado sobre la faz del globo; variedad no solamente asombrosa por los ritos, idiomas, usos y costumbres, sino lo que es más, por la figura y el color, que parecen debieran permanecer inalterables.

Pues que, ¿no son todas descendientes de aquellos mismos Adán y Eva, de quienes nos vino la fatal herencia del pecado original? Sí: pero desde el diluvio variaron notablemente todos los seres, y aun la vida humana se limitó a pocos años de duración. El trastorno fue trascendental a todas las cosas, y de él han resultado una multitud de nociones muy interesantes a la filosofía y demás ciencias. De esta variedad tuvieron su origen tantos imperios y repúblicas que han existido en Asia, en Africa, en Europa y la América, y que, siguiendo una varia alternativa, han llegado hasta nosotros, aunque con distinto carácter.

Este mundo, pues, considerado por todos sus aspectos, es el gran teatro en donde se han representado y representan escenas muy dignas de la más profunda reflexión. Aquellas monarquías antiguas que, por su riqueza y poder, parecían exentas de la caducidad y exterminio, han sucumbido miserablemente, siendo víctimas de su orgullosa rivalidad. Ellas, con sus fundadores y príncipes, sólo han dejado de su celebridad y opulencia la triste memoria de lo que fueron, y un constante testimonio de que es fantástica y fugaz la figura de este mundo. ¿ En dónde está la magnificencia de los hebreos y de los asirios? ¿ Qué se hicieron la pompa victoriosa de los persas y macedonios? ¿ En dónde existe la majestuosa brillantez de los griegos y romanos?... ¡ Ah !... todo se redujo a horrendos grupos de ruinas y a funestos montones de míseros escombros!... Así desaparecieron aquellos reinos florecientes, y del mismo modo desaparecerán los que ahora existen, precipitándose con ellos en la horrorosa caverna del olvido, hasta los nombres de los príncipes, de los conquistadores y de los grandes políticos, que parecían sus dioses tutelares.

Ved aquí, en una débil pintura, la multitud de objetos que deben formar el continuo estudio del hombre sabio, para que, haciendo buen uso de las cosas de este mundo caduco y engañoso, procure solamente reinar y ser feliz en el mundo eterno, donde no entran la guerra, la muerte ni la desolación. Sobre aquel mundo, pues, de paz y de gloria inextinguible, quiero yo formaros, mi querido amigo, unas breves observaciones, dirigidas todas a que vos os forméis una idea más exacta de la religión santísima que tanto deseáis profesar, porque sabéis que ella bajó del cielo para felicitar a todos los hombres, y que sin ella, no puede haber salvación eterna.

## DISCURSO II

### La verdadera religión

Sólo hay un Dios, criador de todas las cosas, una verdad infalible, una fe santa, una iglesia invariable, un culto legítimo, una gloria eterna y una sola ley que a ella conduce. Esta es una proposición ineluctable que jamás la podrán falsificar los argumentos más sutiles de la filosofía. La ignorancia mayor en que puede incurrir un racional es creer que cada hombre se puede salvar en la creencia religiosa que le acomoda. Este es el engaño más terrible y lastimoso que puede sugerir el demonio a los hijos de Adán, y por desgracia es demasiado común. Pero, aunque dije un engaño del demonio, más bien debo decir una declarada malicia, originada de un ciego libertinaje, del brutal amor a los deleites sensuales y del despótico imperio de las pasiones. Tal es, por cierto, el origen de ese sistema de iniquidad que con tanto empeño se han propuesto defender los infatuados filósofos acérrimos secuaces de la impiedad.

Efectivamente; si el politeísmo o multitud de dioses que veneran las naciones étnicas merece alguna indulgencia, cuando, por disculpar tanto error, se considera que en cada una de aquellas deidades se representaba alegóricamente un atributo del Soberano Numen, criador de todas las cosas; ¿ qué diremos comparativamente de los que sostienen que en cada una de esas diferentes sectas, creencias o comuniones se puede conseguir la salvación eterna? Diremos, con toda verdad, que aún es fabuloso el sistema de los tales religionarios, y diremos también que es mucho más impío y ridículo, por las razones que vamos a exponer.

Los gentiles han seguido sus costumbres y cultos idolátricos desde la más remota antigüedad, envueltos en las más crasas tinieblas de la ignorancia en orden a la moral que perfecciona a la virtud; pero los nuevos sectarios, después de la venida de Jesucristo, han sido

ilustrados copiosamente por un sinnúmero de escritos y testimonios irrefragables, que patentizan y demuestran la verdad de la religión católica establecida por aquel divino Legislador. Esos modernos dogmatizantes no pueden alegar ignorancia acerca de que la combinación de ambos testamentos convence indubitablemente; que ni en la ley natural, ni en la escrita, ni en la ley de gracia se ha podido salvar ninguna alma, sino en virtud de los méritos de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, pues sólo por este inefable nombre se pueden alcanzar la gracia en esta vida y la gloria en la otra. Sobre este punto, no pueden ser admisibles una invencible ignorancia ni una verdadera incredulidad; pues siempre se hace demasiado manifiesto y repugnante el artificio con que se finge una positiva seguridad de conciencia en la materia. No, no puede haber tal seguridad, y voy a probarlo con estas sencillas reflexiones.

Si el hombre considera la inacción en que ha estado su espíritu por el espacio de nueve meses, como apisionado en el vientre materno, no podrá menos que llenarse del mayor asombro. ¿Cómo es posible que un sér dotado de facultades tan nobles pueda permanecer sin ejercitarlas por tan largo tiempo? ¡Ah! no sólo entonces permanecía mi alma en esta triste ineptitud, sino que hasta mucho después no salió de la situación inerte en que yacía! ¿Qué ejercicio tenían, pues, unas potencias tan ilustres? ¿Cómo podía dormir un sér intelectual que no está sujeto a la jurisdicción del sueño? ¿Qué cosas sucedían en mi alma, que ni entonces las conoció ni ahora las puede comprender?

Tales serían, por cierto, los racionios de un filósofo, si se pusiese a meditar sobre esta materia tan curiosa como profunda e importante. El se detendría a analizar una por una las facultades sublimes de su espíritu: conocería que este análisis era también una obra del mismo espíritu: y de este modo, por una cadena de reflexiones, vendría a sacar que existe un Sér increado, tan imcomprensible en sus perfecciones como en sus

obras. Confesaría igualmente que éste fue, sin duda, el Criador de todas las cosas, que EL las conserva y las gobierna con una providencia tan sabia y soberana, que ninguna criatura, aunque sea la más racional, puede alcanzar a comprenderla. En una palabra, el filósofo reflexivo, aunque no profesase la fe católica, había de conocer que el Ente infinito, cuya existencia le persuade su misma alma, no puede menos sino ser el autor de una ley tan justa, de unos misterios tan profundos, y de unos sacramentos tan admirables como los que oye decir se veneran en la religión cristiana, la cual prescribe universalmente un solo culto religioso.

Cuando hablo de un filósofo reflexivo, quiero decir un hombre a quien los vicios de la sensualidad y demás pasiones furiosas no lo hayan embrutecido, como vemos cada día un sinnúmero de semejantes monstruos; un filósofo de buena conducta, amante de la verdad, de alguna erudición y de claras potencias, vuelvo a decir que por medio de estas reflexiones, tan obvias como naturales, saldría de todo error. Se formaría sin duda el concepto más digno y elevado de la causa primera, a quien únicamente atribuiría su existencia con el orden y felicidad de todos los seres que adornan la gran máquina del mundo.

Y después de haber meditado bien los sencillos principios que acabo de indicar, ¿podremos creer que hay verdadera incredulidad en el espíritu de un filósofo ilustrado? ¡Hé aquí una cosa que yo no creeré jamás! Llámese enhorabuena obcecación, terquedad o voluntaria resistencia la contradicción que hacen ciertos genios exóticos a la creencia de los dogmas y milagros del cristianismo; pero, verdadera incredulidad, me parece imposible pueda haberla. Para que la haya es preciso que se dé ignorancia absoluta de los conocimientos sencillos que acabo de exponer acerca del Dios omnipotente, amoroso y justísimo, que sacó de la nada tanta multitud y variedad de criaturas, y conserva y gobierna el universo con una providencia tan sabia como

inescrutable. ¿Por ventura sostendrá el hombre que sólo está obligado a creer las cosas que comprende? Si así lo dice, es preciso que diga también que no cree la existencia de su alma porque ignora cómo es, y no sabe tampoco los modos con que ella ejerce sus funciones. ¡Ah, qué ignorante y ridículo es el filósofo incrédulo! El conoce muy bien la limitación de sus sentidos, y sin embargo quiere darles más crédito que a la Verdad infalible por quien fueron instituídos los misterios y sacramentos que contradice.

Confiesa (porque no puede negarlo) que en toda la eternidad ha existido y existirá siempre un Sér Increado, inmenso, infinito e independiente; esto se lo persuade, sin dificultad alguna, la misma razón, porque de otro modo nada pudiera existir; y no obstante de creer este arcano tan recóndito, resiste la creencia de los misterios que autorizan la inefable sabiduría de ésa misma Deidad, que es sobre todas las cosas. ¡Qué capricho tan bárbaro! ¡Qué insensatez tan vergonzosa! No negar que antes de Dios nada pudo ser, que a Dios nadie lo hizo, que estaba en sí mismo antes de la creación, y que al imperio de su omnipotente *Fiat* salieron de la nada desde el más encumbrado serafín hasta el insectillo más débil. No negar (vuelve a decir) unas cosas tan admirables, y negar la verdad de los milagros, sacramentos, misterios, promesas y profecías de la religión revelada por ese mismo Señor, ¿qué contradicción es ésta tan chocante a todo principio racional? Cien mil veces volveré a repetir que no puede haber tal incredulidad en los filósofos que se tienen por ilustrados. Obcecación, terquedad voluntaria, resistencia, es lo que yo les concederé, y no otra cosa. Diré en conclusión, que para el que se cierra los ojos por sí mismo, es ocioso aun el colirio más eficaz, y que el que no quiere ver la luz, quita de ser siempre infeliz entre las tinieblas.

(Continuará)

